



Tzvetan Todorov
El miedo a los bárbaros

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Tzvetan Todorov

El miedo a los bárbaros

Más allá del choque
de civilizaciones

Traducción de
Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

*En memoria de Germaine Tillion
y de Edward Said.*

ENTRE EL MIEDO
Y EL RESENTIMIENTO

En Europa el siglo xx ha estado dominado por el conflicto entre regímenes totalitarios y democracias liberales. Concluida la Segunda Guerra Mundial, tras la derrota del nazismo, este conflicto adquirió la forma de una guerra fría global reforzada en la periferia por confrontaciones «calientes» perfectamente circunscritas. Los protagonistas estaban claramente identificados. Por una parte, el bloque de países comunistas, que se extendía desde la Alemania del Este hasta Corea del Norte, en un primer momento dominado por la Unión Soviética. Al otro lado del «telón de acero», rodeando a estos países, se situaba Occidente, el «mundo libre», formado básicamente por los países de la Europa occidental y Norteamérica, conducida por Estados Unidos. Quedaba fuera de este antagonismo un tercer protagonista, un conjunto heteróclito de países no alineados, políticamente neutrales, llamados el tercer mundo. Así pues, era una división del mundo según criterios políticos, aunque entraran en juego otras características: el tercer mundo era pobre y Occidente era rico, en los países comunistas el ejército era rico y la población pobre (aunque no se permitiera decirlo).

Esta situación duró más de medio siglo. Yo era especialmente sensible a ella por haber nacido en Europa del Este, en Bulgaria, donde viví hasta los veinticuatro años, cuando me trasladé a Francia. Esta distribución del mundo me parecía destinada a durar eternamente, o cuando menos durante toda mi vida. Quizá esto explica mi alegría cuando, hacia 1990, los regímenes comunistas europeos se desmoronaron uno tras otro. Ya no había razones para oponer el Este al Oeste ni para competir por el dominio universal, de modo que podía albergarse cualquier espe-

ranza. Los viejos sueños de los grandes pensadores liberales iban a cumplirse por fin, las guerras serían remplazadas por el comercio, podría instalarse un nuevo orden mundial más armónico que el mundo previo a la guerra fría. Pienso que no fui el único que creyó en tal evolución favorable.

Apenas veinte años después no queda más remedio que constatar que esta esperanza era ilusoria. No parece que las tensiones y violencias entre países vayan a desaparecer de la historia mundial. La gran confrontación entre Este y Oeste había relegado a un segundo plano hostilidades y oposiciones que no tardarían en resurgir. Los conflictos no podían desaparecer como por arte de magia, ya que sus causas profundas seguían ahí. Podemos incluso pensar que eran cada vez más fuertes. La población mundial sigue aumentando rápidamente, mientras que el territorio que ocupa sigue siendo el mismo, incluso disminuye asolado por los desiertos y amenazado por las inundaciones. Y lo que es peor todavía, los recursos vitales —el agua, la energía— están disminuyendo. En estas circunstancias la competición entre países es inevitable, lo que también implica la agresividad de los que tienen menos hacia aquellos que tienen más, y la inquietud de estos últimos, que intentan conservar y proteger sus privilegios.

A este estado de cosas se han añadido varios acontecimientos nuevos. Aunque sigue habiendo en el mundo numerosos focos de tensión, y algunos de ellos dan lugar a explosiones de violencia, su acción queda reducida en el espacio, y desde hace más de sesenta años no se ha producido ningún conflicto global comparable a la Segunda Guerra Mundial. Esta ausencia de confrontación a gran escala ha permitido que se produjera de forma pacífica una verdadera revolución tecnológica, que a su vez ha contribuido enormemente a ese mayor contacto entre países que llamamos globalización.

La revolución tecnológica ha afectado a numerosos ámbitos, pero determinados avances han tenido especial im-

pacto en las relaciones internacionales. El más evidente es el relativo a la comunicación, que se ha convertido en incomparablemente más rápida que en el pasado y adopta además múltiples canales nuevos. La información es instantánea, tanto en palabras como en imágenes, y llega al mundo entero. Televisión (ya no sólo la radio), teléfonos móviles, correo electrónico, internet... Donde antes podíamos lamentar la falta de información nos encontramos ahora inundados por ella. Una de las consecuencias de este cambio es que las poblaciones del planeta se relacionan mucho más entre sí. Las palabras y las imágenes permiten a los unos conocer a los otros, los productos circulan por todo el mundo e incluso las personas se desplazan más que nunca. Los habitantes de los países ricos van a los pobres a hacer negocios o de vacaciones; los pobres intentan llegar a los países ricos para buscar trabajo. Si se tienen medios, los viajes son ahora mucho más rápidos.

La intensa comunicación y la cada vez mayor relación entre países y entre personas tienen efectos positivos y negativos, pero contamos con otra innovación tecnológica que es exclusivamente fuente de inquietud: el fácil acceso a armas destructoras, en especial a explosivos, a los que parece que cualquiera puede acceder sin dificultad. Son tan pequeños que pueden llevarse en el bolsillo, y tan perfeccionados que pueden matar instantáneamente a decenas, centenares o miles de personas. Las instrucciones para fabricar bombas circulan en internet, los productos necesarios para ello se venden en los supermercados, y un teléfono móvil basta para detonarlas. Esta «democratización» de las armas destructoras crea una situación totalmente nueva: ya no es necesario disponer del poder de un Estado para infligir grandes pérdidas al enemigo; bastan unos cuantos individuos decididos y con un mínimo de medios económicos. El rostro de las «fuerzas hostiles» ha cambiado radicalmente.

Las grandes innovaciones tecnológicas han tenido consecuencias en los modos de vida, pero no han supuesto la

desaparición inmediata del mundo anterior, y evidentemente no podían suponerla. Pero lo que sí han provocado es una yuxtaposición de contrastes en la que lo arcaico cohabita con lo ultramoderno. Esta presencia simultánea se da tanto en un mismo país como entre diferentes países. El campesino ruso o chino está tan alejado del modo de vida de Moscú o Shanghai como los campesinos del Rif y de Anatolia de los habitantes de París y de Londres. Al mundo de los primeros, en el que impera la comunicación «vertical», que garantiza la transmisión de las tradiciones, se opone el de los segundos, que se caracteriza por la fuerza de la comunicación «horizontal» entre contemporáneos permanentemente conectados a una red. Lo que llama aquí la atención es que estos dos mundos no se desconocen entre sí, ya que las imágenes de los unos y de los otros dan la vuelta al planeta. Y no sólo se ven. Los campesinos arruinados abandonan sus tierras y se desplazan a las ciudades de sus países o, mejor todavía, a las de los países ricos. Las grandes ciudades del mundo, repartidas en todos los continentes, albergan a poblaciones de orígenes diversos, y necesariamente costumbres radicalmente distintas. Así es como el *niqab*, el velo integral, convive con el tanga (aunque en Francia ambos están prohibidos en la escuela).

Cabe suponer los resultados que este choque entre la cazuela de barro y la de hierro amenaza con provocar. En unos engendra envidia o rechazo, o ambas cosas a la vez; en los otros, desprecio, o condescendencia, o compasión. Los primeros cuentan con la superioridad numérica y con la ira; los segundos, con la tecnología y la fuerza. La mezcla es explosiva, y los conflictos se multiplican. Pero el mapa ya no es el que se impuso tras la Segunda Guerra Mundial.

En la actualidad podemos dividir los países del mundo en varios grupos, en función de cómo reaccionan ante la nueva coyuntura. En cualquier caso, lo que permite distinguirlos ya no son los regímenes políticos, como durante la confrontación entre comunismo y democracia; ni las

grandes divisiones geográficas, como por ejemplo entre el norte y el sur, ya que Australia está en el sur, y Mongolia en el norte, ni entre este y oeste, porque China y Brasil están a menudo muy cerca; todavía menos las civilizaciones. En el siglo XVIII Montesquieu introdujo la idea del «principio de gobierno» para hablar de las pasiones humanas que agitan una sociedad: la virtud en las repúblicas y el honor en las monarquías.¹ También hoy en día una pasión o actitud social dominante impregna tanto las decisiones gubernamentales como las reacciones de los individuos.

Soy muy consciente de los riesgos que supone resumir tanto y perfilar situaciones necesariamente cambiantes. Varias pasiones sociales actúan siempre a la vez, y ninguna de ellas abarca a todos los miembros de una población. Su propia identidad es móvil y no adquiere el mismo rostro en países diferentes. Además su jerarquía evoluciona, y en unos años un país puede pasar fácilmente de un grupo a otro. Sin embargo, su presencia es incontestable. Para describir esta distribución partiré de una tipología propuesta recientemente por Dominique Moïsi,² que completaré y adaptaré sin olvidar las simplificaciones que impone.

Llamaré *apetito* a la pasión dominante de un primer grupo de países. Sus habitantes suelen tener la sensación de que, por razones diversas, se les ha mantenido al margen de la repartición de las riquezas. Ahora les ha llegado el turno. Quieren beneficiarse de la globalización, del consumo, del ocio, y para lograr este objetivo no escatiman medios. Hace ya varias décadas que Japón abrió esta vía, que siguieron varios países del sudeste asiático y poco después China e India. Otros países de otras zonas del mundo se disponen a seguirla: Brasil, y en un futuro inmediato sin duda México y Sudáfrica. Desde hace unos años Rusia parece seguir este mismo camino y convierte en ventaja su derrota en la guerra fría: su desarrollo ya no sufrirá frenos ideológicos, tampoco el enriquecimiento de sus ciudadanos, puesto que el país ya no necesita competir por la hegemonía mundial.

El segundo grupo de países es aquel en el que el *resentimiento* desempeña un papel fundamental. Esta actitud es consecuencia de una humillación, real o imaginaria, que supuestamente les han infligido los países más ricos y poderosos. Se extiende, en diversa medida, por buena parte de los países cuya población es mayoritariamente musulmana, desde Marruecos hasta Pakistán. Desde hace algún tiempo está también presente en otros países asiáticos y en algunos de América latina. Los destinatarios del resentimiento son los antiguos países colonizadores de Europa, y cada vez más Estados Unidos, al que consideran responsable de la miseria privada y de la impotencia pública. El resentimiento hacia Japón es fuerte en China y Corea. Está claro que no abarca a todo el mundo ni todas las actividades, aunque desempeña un papel estructural en la vida social, ya que, como las demás pasiones sociales, caracteriza a una minoría influyente y que actúa.

El tercer grupo de países se distingue por el lugar que en ellos ocupa la sensación de *miedo*. Se trata de los países que forman Occidente y que han dominado el mundo desde hace varios siglos. Tienen miedo a los dos grupos anteriores, aunque de distinta naturaleza en cada caso. Los países occidentales, especialmente los europeos, temen de los «países del apetito» su fuerza económica, su capacidad de producir a menor coste, y por lo tanto de acaparar todo el mercado; en definitiva, tienen miedo de que los dominen económicamente. En cuanto a los «países del resentimiento», temen los ataques físicos que podrían proceder de los mismos, los atentados terroristas, las explosiones de violencia, y además las represalias que podrían tomar respecto del plan energético, porque cuentan con las mayores reservas de petróleo.

Por último podríamos designar un cuarto grupo de países, dispersos en varios continentes, como el de la *indecisión*. Se trata de un grupo residual cuyos miembros pueden dejarse llevar cualquier día por el apetito o por el resentimiento, pero que de momento permanecen ajenos a estas

pasiones. Entretanto miembros de los otros grupos de países con la complicidad de sus propios dirigentes corruptos saquean los recursos naturales de estos territorios. Los conflictos étnicos aportan desolación. Determinadas capas de la población, a menudo muy pobres, intentan entrar en los «países del miedo», más ricos, para ganarse mejor la vida.

No me siento capacitado para describir con detalle cada uno de estos grupos de países. Vivo en Francia, en la Unión Europea, es decir, en el grupo que he definido como dominado, o en todo caso marcado, por el miedo, que es también el único que conozco desde dentro. Restrinjo todavía más el tema y me limito a una de las relaciones que podemos observar en este grupo, la que mantiene con los países y poblaciones marcados por el resentimiento. Quiero profundizar en el análisis de esta pasión porque me parece que a menudo tiene efectos nefastos. La tesis que quisiera desarrollar puede resumirse en pocas palabras. Los países occidentales tienen pleno derecho a defenderse de toda agresión y todo atentado a los valores sobre los que decidieron fundamentar sus regímenes democráticos. Tienen que combatir con firmeza toda amenaza terrorista y toda forma de violencia. No obstante, les interesa no dejarse arrastrar a una reacción desproporcionada, excesiva y abusiva, porque produciría resultados contrarios a los esperados.

El miedo se convierte en peligro para quienes lo sienten, y por ello no hay que permitir que desempeñe el papel de pasión dominante. Es incluso la principal justificación de comportamientos a menudo calificados de «inhumanos». El miedo a la amenaza de muerte, peor aún, a que amenacen de muerte a nuestros seres queridos, nos hace capaces de matar, de mutilar y de torturar. En nombre de la protección de las mujeres y los niños (entre nosotros) se ha masacrado a muchas mujeres, a muchos ancianos y a muchos niños (de los otros). Aquellos a los que nos gustaría calificar de monstruos han actuado muy a menudo mo-

vidos por el miedo por sus seres queridos o por ellos mismos. Cuando se pregunta a los policías y a los militares sudafricanos por qué durante el *apartheid* mataron o infligieron sufrimientos indecibles, responden: para protegernos de la amenaza que suponían los negros (y los comunistas) para nuestra comunidad. «No lo hicimos por placer, no teníamos ganas de hacerlo, pero había que impedir que mataran a mujeres y a niños inocentes.»³ Una vez que se ha aceptado matar, se consienten también los siguientes pasos: torturar (para obtener información sobre «terroristas»), mutilar (para hacer pasar las muertes por crímenes por dinero o por explosiones accidentales). Cualquier medio es bueno para conseguir la victoria, y para alejar así el miedo.

El miedo a los bárbaros es lo que amenaza con convertirnos en bárbaros. Y el mal que haremos será mayor que el que temíamos al principio. La historia nos lo enseña: el remedio puede ser peor que la enfermedad. Los totalitarismos se presentaron como un medio para curar los errores de la sociedad burguesa, pero engendraron un mundo más peligroso que el que combatían. Sin duda la situación actual no es tan grave, pero no deja de ser inquietante. Todavía estamos a tiempo de cambiar de orientación.

La reacción excesiva o mal enfocada de los países del miedo se manifiesta de dos maneras, según si se produce en el propio territorio o en el de los otros. En el de los otros consiste en ceder a la tentación de la fuerza y responder a las agresiones físicas con un despliegue de medios militares desproporcionados y con acciones de guerra. Desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 un buen representante de este tipo de reacción es Estados Unidos, que interviene directamente o incentiva la intervención en países como Afganistán, Irak y Líbano. Los países de la Unión Europea siguen en general la política estadounidense, aunque a su pesar, a regañadientes y arrastrando los pies. Estas intervenciones militares directas van acompañadas por lo que se ha llamado la «guerra contra el terro-

rismo», responsable entre otras cosas de detenciones ilegales y de torturas que en nuestros días evocan los nombres de Guantánamo, Abú Graíb y Bagram.

Pero esta política conduce a un doble fracaso: hace más fuerte al adversario, y a nosotros, más débiles. De entrada porque la agresión a la que responde tiene que ver no con estados, sino con individuos (aunque es cierto que en su momento protegidos por los talibanes en el poder) a los que los bombardeos masivos y la ocupación militar no pueden alcanzar. Pero también porque se trata de un resentimiento y de una venganza que surgen de la humillación, que no eliminaremos derrotando al país militarmente, sino todo lo contrario. El ejército estadounidense o sus aliados pueden destruir ejércitos enemigos, pero con ello lo único que consiguen es alimentar el resentimiento de la población, el verdadero origen de las agresiones iniciales. Las torturas también alimentan el deseo de venganza. Los individuos responsables de los ataques antioccidentales están convencidos de que sus pasiones son justas y sus ideas verdaderas. Pero como decía Pascal hace ya trescientos cincuenta años: «La violencia y la verdad nada pueden hacer la una contra la otra».⁴ Por otra parte, esta política destruye el mundo occidental desde dentro, porque para defender los valores democráticos que tanto queremos nos vemos abocados a renunciar a ellos. ¿Cómo celebrar la victoria sobre un enemigo odioso si para vencerlo hemos tenido que ser como él?

Cuando en la lucha contra el terror «todo está permitido», el contraterrorista empieza a confundirse con el terrorista. Por lo demás, todos los terroristas del mundo creen ser contraterroristas que se limitan a replicar a un terror anterior. Y no son los únicos. Siempre es fácil encontrar una violencia anterior que se supone que justifica nuestra actual violencia. Pero a este precio la guerra nunca concluirá.

Estas críticas a la reacción del gobierno estadounidense ante las agresiones que sufrió su país en absoluto proceden del antiamericanismo. Por el contrario, forman parte

de un debate interno en el propio Estados Unidos y están motivadas por el creciente desfase entre las ideas que se proclaman y las prácticas sobre el terreno. En el plano político las opciones de Estados Unidos no son muy diferentes de las que habrían tomado muchos otros países, pero este caso llama más la atención y recibe más críticas porque en el plano militar ocupa una posición totalmente excepcional. Su arsenal destructivo es incomparablemente mayor que todos los demás, y tiene menos frenos que le impiden utilizarlo, ya que todos los demás países temen su reacción. Los extraordinarios logros de su tecnología militar hacen de él el país más peligroso, tanto para los demás como para sí mismo. Sus armas nucleares podrían poner en peligro la vida del planeta.

En los países occidentales, especialmente europeos, donde desde hace varias décadas vive una importante minoría procedente de «países del resentimiento», encontramos situaciones que ilustran el refrán de que el remedio es peor que la enfermedad. Esta minoría practica una religión, el islam, diferente de la de la mayoría, y sobre todo en la organización de la vida social le concede un lugar que no corresponde al que las democracias liberales contemporáneas reservan a la religión, sea la que sea. En toda una serie de cuestiones relativas a la vida cotidiana esto da como resultado fricciones entre diferentes partes de la población. ¿Cómo reducir estas fricciones? Aquí es donde aparece una reacción desafortunada, esto es, la «cerrazón», eufemismo de la intolerancia.

Nadie está del todo satisfecho con las condiciones en las que vive, y a menudo se tiene la impresión de que esas condiciones se degradan. ¿De quién es la culpa? Se está tentado de buscar una respuesta simple y un culpable fácil de identificar, y esa tentación provoca movimientos y partidos populistas. El populismo de izquierdas responde: la culpa es de los ricos, así que hay que apropiarse de sus bienes y distribuirlos entre los pobres. El populismo de derechas defiende no una clase social, sino una nación, y res-

ponde a esa misma pregunta: la culpa es de los extranjeros. La xenofobia forma parte del programa de todos los partidos de extrema derecha, que han tenido que abandonar sus otros temas predilectos, el anticomunismo y el racismo. Desde hace unos años la presencia de estos partidos ha aumentado en más de la mitad de los países miembros de la Unión Europea. En ningún caso tienen un papel destacado, pero en algunos lugares se han convertido en indispensables para las coaliciones que detentan el poder. Si quieren conservarlo, deben satisfacer las exigencias de la extrema derecha en materia de inmigración y de cohabitación, porque en caso contrario se arriesgan a perder los votos de sus electores.

La xenofobia general va acompañada de lo que sin duda podríamos llamar islamofobia, pese a que algunas veces se abusa del término. Las dos formas de rechazo sólo se cruzan en parte, ya que la islamofobia sólo afecta a una parte de los inmigrantes, pero no se detiene en las fronteras del país; en cualquier caso, en Europa la mayoría de los actuales inmigrantes es de origen musulmán. Como atacar a los inmigrantes es políticamente incorrecto, pero atacar el islam se considera una valentía, esto último puede ocupar el lugar de lo primero.

El rechazo del islam se debe a múltiples razones, en parte antiguas. Durante mucho tiempo el islam apareció como un rival del cristianismo. En la actualidad representa una forma de religiosidad que los europeos tardaron mucho tiempo en dejar atrás, por lo que los laicos lo rechazan con más violencia todavía que los cristianos. Durante los siglos pasados las potencias europeas colonizaron los países musulmanes. Los antiguos colonos tuvieron que volver a su país tras la descolonización, y conservaron un sentimiento de superioridad y de amargura a la vez. Los antiguos colonizados llegan ahora a instalarse en su país, aunque no sea en calidad de colonos. ¿Cómo no estar resentidos? Y a este resentimiento se añade el de los antiguos colonizados y nuevos inmigrantes, o el de sus des-

cientos, que se han convertido en europeos, que les empuja a accionar sus bombas en Londres, en Madrid, en Berlín y en París. El peligro que representan no es imaginario. Por último, el azar geográfico (y geológico) ha querido que varios de esos países de población musulmana cuenten con las principales reservas energéticas del planeta. Resulta duro sufrir esta dependencia respecto de los antiguos sometidos cuando aumenta el precio de la gasolina o el recibo de la calefacción.

Todas estas razones, y sin duda algunas otras, hacen que los delitos o las agresiones cometidos por ciertos musulmanes se expliquen por su identidad de creyentes, incluso por proceder de estos países. Partiendo de esta generalización resulta fácil, mediante amalgamas sucesivas, introducir en el debate público un discurso de estigmatización que no sufre ningún otro grupo social. Personajes mediáticos declaran por todas partes que el islam exalta el odio y la violencia, que es la religión más necia del mundo, que los hijos de los inmigrantes hablan un francés degollado (como una oveja degollada en la bañera) o que debemos estar orgullosos de ser islamófobos. En Holanda, un ardiente populista, Pim Fortuyn, publica *Contra la islamización de nuestra cultura*. Tras su asesinato (cometido por un holandés de pura cepa) el partido que había fundado obtiene el 17 % de los escaños del Parlamento. En Bélgica, Filip Dewinter, el dirigente del partido Interés Flamenco, declara: «El islam es el enemigo número uno no sólo de Europa, sino también de todo el mundo libre». Los expertos en islam, que de pronto se multiplican, explican en los medios de comunicación que esta religión es intrínsecamente malvada y que debe ser combatida. El efecto de esta atmósfera hostil es que aquellos cuya identidad es musulmana se sienten rechazados por la sociedad en la que viven y se vuelcan todavía más en sus tradiciones, reales o imaginadas.

Ni las relaciones internacionales, ni las relaciones entre grupos de población en el seno de un país pueden conver-

tirse en armónicas a golpe de varita mágica. Las causas de las fricciones y de las hostilidades suelen ser reales, no son producto de un simple malentendido. No obstante, no creo que consigamos buenos resultados practicando la guerra en el exterior y la intolerancia en nuestros países. Tampoco se trata de caer en cierta actitud angelical y dejar de luchar de forma activa contra las amenazas terroristas. El recurso a la fuerza armada no puede eliminarse de las relaciones entre naciones o grupos de naciones, pero exige un análisis mucho más minucioso de cada situación concreta. Por su parte, la democracia no suprime definitivamente los conflictos internos, sino que nos proporciona los medios para gestionarlos de forma pacífica.

Las intervenciones militares de estos últimos años no han conseguido los resultados esperados. Muy probablemente lo mismo sucedería con la intervención contra Irán, a la que predisponían los discursos de los jefes de Estado occidentales en 2007 y 2008. Determinadas actuaciones dejarían intacta la condena que podemos hacer de un régimen teocrático, de sus costumbres y de sus atentados a la libertad de prensa, de las condiciones de los detenidos en las cárceles de Irán y de las declaraciones provocadoras del presidente de este país. En lugar de meterse en la escuela de los neoconservadores de Washington, la Unión Europea debería dar ejemplo y esperar que Estados Unidos siguiera sus pasos.

Renunciar a la intolerancia no significa que debemos tolerarlo todo. Para que sea creíble, la llamada a la tolerancia debe partir de un consenso intransigente sobre lo que en una sociedad se considera intolerable. Lo que define esta base suelen ser las leyes del país, a las que se suman determinados valores morales y políticos no formulados, pero aceptados por todos. No obstante, es preciso diferenciar este corpus jurídico, que en Francia llamamos también pacto republicano, que especifica los derechos y deberes de cada ciudadano, de las características culturales de los individuos, múltiples y cambiantes, entre las que se

cuenta la religión. La interpretación de los conflictos políticos y sociales en términos de religión o de cultura (incluso de raza) es a la vez falsa y nociva, ya que en lugar de suavizar los conflictos, los agrava. La ley debe prevalecer sobre la costumbre cuando ambas se oponen, pero en la mayoría de los casos no sucede así.

En el mundo de hoy y de mañana las relaciones entre personas y comunidades que pertenecen a culturas diferentes están destinadas a ser cada vez más frecuentes, por lo que los protagonistas de las mismas son los únicos que pueden impedir que se conviertan en conflictos. Con los medios de destrucción de que disponemos en la actualidad, su despliegue podría poner en peligro la supervivencia de la especie humana. Por eso es preciso hacer cualquier cosa por evitarlo, y ésta es la razón de ser del presente libro.

Para conseguirlo no basta con formular votos piadosos ni con cantar las virtudes del diálogo, sino que es indispensable enfrentarse a los hechos y analizarlos. Con este fin he decidido realizar un constante vaivén entre presente y pasado, política y antropología, vida cotidiana y filosofía. Las principales cuestiones que se abordan en las páginas siguientes son:

1. *Barbarie y civilización.* En los dos primeros capítulos se presentan los instrumentos que nos permitirán valorar y describir los hechos que estamos presenciando. Para empezar, las grandes categorías con las que evaluamos las diferentes sociedades del mundo y por las que las juzgamos bárbaras o civilizadas. Esto nos permitirá también entender por qué los logros técnicos o la calidad de las obras de arte no garantizan que se aleje la barbarie.

2. *Las identidades colectivas.* Podemos distinguir tres grandes tipos: pertenencia cultural, solidaridad cívica y adhesión a valores morales y políticos. La cultura nos viene de otros, y cada cual tiene varias. Siempre está mezclada y en constante transformación. Las diferentes identida-

des pueden entrar en conflictos que es preciso aprender a gestionar. ¿Podría ayudarnos en algo un Ministerio de la Identidad Nacional?

3. *La guerra de los mundos*. Este análisis de las relaciones entre sociedades o países empieza comentando una conocida obra de Huntington. No hay que camuflar los conflictos políticos y sociales en guerras de religión o choque de civilizaciones. La «guerra contra el terrorismo» no es ni una guerra, ni realmente contra el terrorismo. La tortura, que legitima, es una gangrena de la democracia.

4. *Navegar entre escollos*. Aquí se evocan casos concretos de conflictos internos en sociedades europeas: el asesinato de Theo van Gogh en Ámsterdam, las caricaturas danesas de Mahoma y el discurso del papa en Ratisbona. Me planteo además la evolución actual del islam y el debate en los países musulmanes.

5. *La identidad europea*. No se define por un contenido, sino por el estatus que concede a las diferencias entre países, o sociedades, o culturas. La política exterior de la Unión Europea no está a la altura de las expectativas de sus habitantes. Propongo en último lugar una reflexión sobre las fronteras de la Unión.

Más allá de los maniqueísmos. Para concluir, algunas reflexiones sobre el diálogo entre culturas y sobre la dirección que podría tomar la política de los países occidentales.

Al plantearme estas delicadas cuestiones, respecto de las cuales cada quien tiene su propia opinión, he intentado escapar de aproximaciones y amalgamas, de maniqueísmos y de la designación de chivos expiatorios, así como de la postura ventajosa de deshacedor de entuertos. El asunto es demasiado importante para limitarse a la auto-complacencia.

Título de la edición original: *La peur des barbares*
Traducción del francés: Noemí Sobregués

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición en este formato: abril 2014

© Éditions Robert Lafont, París, 2008
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2008
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2014

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 7768-2014
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16072-23-1
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-6029-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)